



1

Las viejas damas indignas no se confiesan

Tal vez sería más exacto decir que las viejas damas indignas no debieran confesarse, ni explicarse, ni justificarse, ni dar testimonio ni dejar memoria de nada. Sin embargo, aquí estoy yo, empezando mi tercer libro de memorias. Seguramente no he alcanzado todavía el grado de insumisión suficiente para sentirme liberada de un tipo de compromisos contraídos mediante tramposas coacciones, ni para ingresar, como a veces me gustaría, en la cofradía de viejas damas indignas. Porque a mí no me ha atraído nunca especialmente el género memoria-lista. No me interesa demasiado la realidad en sí, narrada tal cual fue o tal como el autor la recuerda; prefiero la realidad metamorfoseada en historias, elaborada. No me interesan demasiado los paisajes —salvo el mar, siempre cambiante y vivo—, antes de que haya intervenido en ellos de algún modo la mano del hombre. Jorge Herralde quedó estupefacto cuando afirmé, muy seria, que *Correspondencia privada* —una novela desarrollada en cuatro cartas y un epílogo, que él iba a editar en Anagrama— no era propiamente un texto autobiográfico. Sí lo

era en gran parte, claro, pero mantenía vivo el juego entre la realidad y la ficción, permitía los equívocos, las insinuaciones, la ambigüedad, la duda, incluso la mentira...

Mi primera inmersión en el género tuvo lugar hace cuatro años, cuando escribí *Confesiones de una editora poco mentirosa*.

«No estoy segura —digo en el prólogo— de quién es el responsable de que yo esté escribiendo ahora las líneas iniciales de un libro que siempre creí no iba a escribir jamás. En primer lugar, porque temía careciera de suficiente interés para quienes no pertenecían al mundo de la edición, y, en segundo lugar, y era la razón concluyente y definitiva, porque no me apetecía. Y, sin embargo, aquí me tenéis, pese a mi fama de mujer dura, que hace siempre lo que se le antoja —¡ya me gustaría que fuera siquiera a medias cierto!—, tecleando el comienzo de un libro que siempre dije, y me dije, que no iba a escribir, un libro sobre mis experiencias profesionales.»

Pero, en aquel caso, era fácil localizar al responsable. Milena, mi hija mayor. Los hijos —tengo dos—, esos seres peculiares por los que una piensa que ha hecho mucho —teniendo en cuenta el grado de egoísmo que en sí misma reconoce—, auténticos gestos heroicos y otros de una delicadeza y sensibilidad infinitas, y que lo han aceptado con absoluta naturalidad, convencidos de que se les debe esto y mucho más, de que se les debe todo, y de que no hay motivo alguno para la reciprocidad, no es un camino de ida y vuelta, es un camino de dirección única. Los padres debiéramos tenerlo muy pronto aprendido y aceptado, pero no es así. Y le sorprende a una durante bastante tiempo descubrirse ante ellos rendida casi de antemano, aunque intente inútiles gestos de



protesta, pues los hijos son, al menos para mí, y eso sí lo descubres pronto, irrenunciables. Puedes romper con tus padres, con tus maridos, con tus amantes, incluso con tus mejores amigos, pero no puedes romper con tus cachorros, y eso te deja inerme entre sus manos, y causa cierta molesta irritación. Afirman que hay familias donde los hijos se desviven por sus padres, en que éstos se enorgullecen de lo bien que han ejercido sus funciones, y en que todos se aman de manera entrañable, en que nunca han surgido conflictos graves, ni se han dicho esas frases terribles que he cruzado con mis padres y con mis hijos, de una crueldad tan refinada como sólo puede darse entre aquellos que se aman mucho y dependen sin remedio unos de otros. Hay casos distintos al mío... y esas madres admirables no se convertirán nunca, como yo, en viejas damas indignas o irrespetuosas, sino en ancianas venerables y mimadas.

Decía que la responsable de que escribiera *Confesiones de una editora poco mentirosa* fue Milena. Una noche, en una cena de cuatro o cinco amigos, cuando, para animar una sobremesa que languidecía, naufragando en silencios insoportables, meciéndose ya junto al terrible abismo del hastío —ni que decir tiene que el aburrimiento es el peor castigo para las viejas damas, conscientes de que les queda poco tiempo y en absoluto dispuestas a desperdiciarlo con nadie—, me lancé desesperada a contar historias, centradas, aquella noche, en mi vida profesional. Los invitados rieron mucho y escapamos, al menos por un rato, al letal abismo del hastío.

—Mira —me dijo Milena (que había debutado hacía poco como editora, dirigiendo una pequeña empresa en la que participaban mi hermano Oscar y un par de amigos, que pretendía repetir otra vez el milagro de Lumen,



y que Ana María Moix había bautizado RqueR, lo cual implicaba para mi hija, gajes del oficio, vivir como editora todas las horas del día y soñar con libros la mayor parte de la noche)—, quiero que escribas esto para mí. No unas memorias solemnes, donde hables de los grandes problemas de la edición, sino esas pequeñas anécdotas que constituyen la vida cotidiana de una editorial y que, si las cuentas tú, resultan tan divertidas, incluso para personas que nada tienen que ver con los libros.

—Confesiones de un pequeño editor —apostillé, pensando en Azorín—, y tal vez podríamos añadir «poco mentiroso».

Y en cuanto lo dije supe que estaba perdida.

No sólo porque Milena se precipitó a anotar el título, como si se tratara de un encargo formal y no de una charla de sobremesa, en el bloc que tenemos siempre junto al teléfono —donde sigue figurando en primera página y en solitario, porque nunca escribimos allí nada: seguimos apuntándolo todo en el primer papel que encontramos a mano y que nos apresuramos a extraviar, o en el margen del periódico, que la asistenta tirará a la basura indefectiblemente en cuanto llegue a la mañana siguiente, aunque la casa rebose de números más viejos—, sino porque ponerles nombre a las cosas equivale a dotarlas en cierto modo de entidad.

Además el título me gustaba. En muchas ocasiones he dejado el título de mis libros para el final y he aceptado agradecida sugerencias ajenas. De no ser por José Batlló, *El mismo mar de todos los veranos* se hubiera llamado *Y Wendy creció*, último capítulo, tristísimo, de *Peter Pan* (se me ocurre que convertirse en vieja dama indigna es un intento tan válido como otro cualquiera de evitar el desastre, porque ellas, por muy viejas que sean,



no han conseguido o no han querido crecer, y tienen más probabilidades de visitar de vez en cuando el país de Nuncajamás), y debo el título *Con la miel en los labios* a mi amigo y editor Jorge Herralde. Y advierto desde ahora que cuando escribo «amigo» hay que tomarlo al pie de la letra, pues si la editora que fui era poco mentirosa, las viejas damas indignas en cuya cofradía me gustaría ingresar no mienten casi nunca, o mienten únicamente por diversión, pues mentir es fatigoso, requiere una inventiva y una memoria para las que son demasiado perezosas, y, por otra parte, la amistad es una de las pocas cosas que siguen tomando relativamente en serio, y tienen además la certeza de que es rara y poco frecuente (¿a qué se referiría Matilde Urrutia al declarar que su marido, Pablo Neruda, había tenido miles de amigos?, ¡hay que guardarse de las viudas de los genios, damas con frecuencia demasiado respetables y sin esta pizca de indignidad, esa mínima capacidad para el humor, ese cachito de sentido de la proporción y del ridículo, que las haría incluso simpáticas!).

En otras ocasiones, pocas, he escrito un texto tomando como punto de partida un título que me fascinaba, como es el caso de «La niña lunática», un bonito dibujo de Kokoschka, que me brindaba además la oportunidad de utilizar para la cubierta la imagen de aquella muchachita desmadejada e inquietante.

Confesiones de un pequeño editor me gustaba también por el calificativo «pequeño», pues no se trataba de falsa modestia, ni de que Lumen, por razones ajenas a nuestra voluntad y frustrando posibles sueños de grandeza, se nos hubiera quedado chica. De hecho hubiéramos podido, al menos en dos ocasiones —con los cuadernitos de *Mafalda* y con las novelas de Umberto



Eco—, dar el salto y convertirnos en una empresa mucho mayor. Pero debe de ser en mí una manía esta obsesión por no crecer...

De modo que, hace ya tres años, escribí el libro que nunca creí que escribiría (el primero de ellos, pues habría más). Porque me lo pidió mi hija para una editorial que acabábamos de iniciar, y yo, que sabía lo difícil que es salir adelante en esta profesión y lo improbable de que un milagro se repita dos veces, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por ayudarla; porque me gustó lo de «pequeño editor», entendido más que como limitación económica como opción ideológica; porque me sentía incómoda cada vez que veía el título en el bloc del teléfono. Y de hecho la jubilación me había dejado mucho tiempo libre, y trabajar crea, incluso en una persona tan dada a la vagancia como yo, un hábito al que es difícil sustraerse y que puede terminar convirtiéndose incluso en una peligrosa adicción.

Se editó por fin con otro título, porque a mi hermano Oscar, al que hago mucho caso desde niña —a pesar de llevarle casi cinco años—, porque es un tipo a menudo insoportable pero que suele tener razón, no le gustaba ni pizca lo de «pequeña», le parecía inadecuado y la relación con Azorín irrelevante —¿qué pintaba Azorín en aquella historia?—, y en cambio le encantó lo de «poco mentirosa», que dije un día al azar, sin convencimiento alguno.

Se editó, pues, con el título de *Confesiones de una editora poco mentirosa*, gustó más de lo que yo esperaba, se hicieron dos ediciones, y después Milena y yo nos vimos obligadas a vender nuestra parte de RqueR. Y eso sí puso punto final a mi larga experiencia de editora, de la que en ningún momento posterior, por sorprendente



que parezca, por sorprendente que a mí misma me parezca, he sentido nostalgia.

Había decidido, dije al principio, no escribir nunca mis memorias, ni profesionales ni personales. Y, sin embargo, apenas terminar *Confesiones de una editora poco mentirosa*, me vi inmersa en otro texto inequívocamente memorialista (ya la palabra en sí me desagrada). Si pretendo citar responsables, habría en esta ocasión dos, uno lejano e insistente, y otro reciente y puntual. El lejano, la profesora Nora Catelli, vieja y querida amiga (insisto en que nunca utilizo esa expresión en vano) argentina, residente en España desde hace más de treinta años, cuando tuvo lugar el éxodo masivo huyendo de la dictadura de Videla, estudiosa de literatura, profesora en la Universidad de Barcelona, un poco niña mala en ocasiones, un poco perversa, deliberadamente perversa, una coquetería más en una mujer que es y se sabe atractiva, un poco repipi a veces, pocas, siempre inteligente y siempre haciendo gala de un personal y estupendo sentido del humor, extraordinaria amiga de sus amigos (creo que los españoles no podemos rivalizar con los de su país de origen, los que compartieron con ella la juventud y los años de universidad en Rosario, y en algunos momentos me siento, sin motivo, celosa y discriminada), tanto que se puede confiar en ella a ciegas, o casi. Nora llevaba años insistiendo en que debía escribir mis memorias, y yo diciendo que no, que había decidido...

La segunda responsable, en este caso involuntaria, sería Marta Pessarrodona, que aparecerá con frecuencia en este libro. Somos amigas —hemos sido amigas sin interrupciones, aunque haya habido temporadas en que nos hemos visto con menor frecuencia— desde hace más de cincuenta años. Y en estos cincuenta años ha cambia-



do (aunque tal vez ella no lo considere así) muy poco. Es una *lletraferida* (letraherida) ejemplar, de manual, a tope. Marta todo lo es a tope. Lo suyo es la desmesura, ignora los términos medios. Las cosas y las personas no le gustan, la apasionan; tiene opiniones tajantes sobre casi todo («opinionada» la llamaba Joan Ferraté, uno de los personajes siniestros en su vida, tal vez el que, sin motivo ninguno, le ocasionó más daño), siempre acaba de hacer un descubrimiento maravilloso y siempre tiene en marcha un proyecto fascinante.

Decidió un día, hace mucho, renunciar a la reconfortante seguridad de un empleo y lo ha cumplido (hay personas, ¡qué envidia!, capaces de cumplir lo que deciden). Nunca a partir de entonces ha tenido jefes ni horarios; ha trabajado seguramente más, pero a su aire, en traducciones, libros de ensayo, conferencias, congresos, siempre en actividades literarias, y con especial empeño en su obra personal como poeta. Un día remoto me citó en nuestro bar habitual para comunicarme algo importante: había decidido cambiar de lengua y pasar a escribir en catalán. Quedé estupefacta. Y, sin embargo, no se trataba de un caso aislado. Fueron muchos los jóvenes más o menos de su generación que abandonaron una lengua hablada en medio mundo y que era la que habían aprendido —no sólo la enseñanza, sino los libros en su casi totalidad, la prensa, la radio, el cine, la incipiente televisión, todo era en castellano— para someterse al duro aprendizaje de una lengua de la que únicamente conocían el uso familiar y coloquial, y que tenía una difusión muy inferior. Es una actitud que se me hace difícil comprender, que no se me ha ocurrido en ningún momento imitar, pero que me inspira —a mí, tan irrespetuosa— un profundo respeto. Si tenemos en cuenta que



Marta, además de decidir escribir en catalán y de renunciar a la seguridad de un empleo, ha renunciado también a las indudables ventajas de vivir en pareja, son ya tres las razones que me la hacen admirable.

Aquí me referiré sólo a un breve incidente que está en el origen de mi segundo libro de memorias. En una de las fiestas que da con cierta frecuencia en el jardín de su casa de Sant Cugat, se habló de nuestra Guerra Civil, y Marta afirmó, con la seguridad que pone siempre en cuanto dice: «La guerra la perdieron, o la perdimos, todos.» Yo protesté que no. Y enseguida pasamos a hablar de otras cuestiones. Pero luego, más tarde, estuve dándole vueltas a la idea, y recordando mi infancia, recordando cómo era, o cómo había vivido yo, la Barcelona de los años 40 y 50, y considerando lo mucho y bien que se había novelado la posguerra desde el bando de los vencidos y lo menos y peor desde el bando de los vencedores. Y se me ocurrió que algunas de las cosas que había vivido yo —niña burguesa, hija de padres franquistas, sobrina de monseñor Tusquets (que había jugado un papel importante en el «alzamiento» y era amigo del Generalísimo), alumna del Colegio Alemán en la etapa más exacerbada del nazismo— podían tener interés para otros.

En *Habíamos ganado la guerra* no me propuse en primer lugar contar mi historia personal —también lo hago, claro, pero tal vez haya más de mí, sea más fácil encontrarme, en mis novelas que en este libro—, sino reflejar el ambiente de unos años, de una ciudad, de una clase social, visto por una niña y por una adolescente que pertenecía al grupo de los privilegiados, de los vencedores, pero que tuvo desde la infancia la incómoda sensación (compartida, he ido descubriendo después,



por bastantes otros niños que vivieron las mismas circunstancias) de que algo no funcionaba, de que algo no encajaba, de que el mundo que la rodeaba no era precisamente el mejor de los mundos.

Habíamos ganado la guerra se editó hace dos años, cuando RqueR había dejado de existir (el milagro de Lumen no se repitió por segunda vez: los milagros son poco frecuentes y dios no los prodiga entre viejas damas indignas de ellos, que ni siquiera creen que, caso de existir, se interese por los problemas de esas hormiguitas tontas que debió de crear en un momento de torpeza y aburrimiento). Mi editor era Herralde. Es sin duda un gran editor, tiene viva en su catálogo la casi totalidad de mi obra, la relación profesional ha sido buena, y, por otra parte, me parece equivocada la tendencia de muchos autores a ir cambiando caprichosamente de editor, casi siempre para conseguir un anticipo más alto. Y, sin embargo, en una decisión repentina, di el libro a Editorial Bruguera. Ni para ganar más dinero, ni para vender más. Sencillamente la dirigía desde hacía relativamente poco tiempo Ana María Moix, a la que me une desde hace cuarenta años un amor incondicional, a la que debo muchísimo y para quien, sin duda, mi libro tenía una importancia mucho mayor que para Herralde, que había alcanzado la cima del éxito, del prestigio, de la fama, y atesoraba en su catálogo un elenco de autores impresionante.

Con *Habíamos ganado la guerra* ocurrieron dos cosas para mí inesperadas. La primera fue el éxito. Nunca, desde *El mismo mar de todos los veranos*, se habían vendido de un libro mío tantos ejemplares. «Me entero de que tu libro va por la cuarta edición —me escribió Oscar, mi hermano—. Me alegra y me sorprende, pues no pen-





saba que tía Blanca y monseñor Tusquets pudiesen interesar a tanta gente.» Y yo tampoco. La segunda sorpresa fue que había creído escribir un texto provocativo, y estaba preparada para afrontar el enfado de parte de mi familia y las airadas protestas de la burguesía de mi ciudad, esa burguesía bienpensante y pacata que pretende no haber sido nunca franquista. Pues no. Si algo dijeron mis parientes, fue en todos los casos positivo. (Tal vez los que disientían optaron por callar.) Ni siquiera la sugerencia de que los Tusquets pudiéramos ser medio judíos les movió un pelo. Y en cuanto a la «gente bien», a los más pijos de mis amigos, les encantaba encontrar en mi libro su propio pasado, y lo que más les divertía era reconocer a sus amigas o parientes o conocidas de entonces en las chicas de la fotografía de la cubierta, el Salón de los Espejos del Liceo, el Tontódromo.

Y este pequeño éxito hizo que los lectores, la prensa y los editores pidieran con insistencia una segunda parte de *Habíamos ganado la guerra*. Me parecía imposible. Han alabado el «valor» que muestro en aquel libro. No merezco tal alabanza. No se requiere excesivo valor para narrar —con total veracidad y citando nombres— historias lejanas, cuyos protagonistas han muerto hace mucho. Ya he dicho que los elementos provocativos del libro han caído en el vacío y no parecen haber ofendido a nadie. En la segunda parte, escrita con el talante de la anterior, tendrían que aparecer personajes vivos, muy próximos a mí. De algunos habría que revelar aspectos denigrantes, ofensivos, o que sencillamente prefieren mantener en secreto. Y en cuanto a las historias eróticas o amorosas que he vivido, puedo contar sin rebozo lo que a mí concierne, pero ¿tengo derecho a revelar la intimidad de otros? Ni siquiera en mi actual situación de

vieja dama irrespetuosa, que pasa de casi todo, me sentía, ni me siento, capaz de algo así.

Sin embargo, me han propuesto también reeditar *Confesiones de una editora poco mentirosa*, ampliando la versión anterior. Es cierto, y me lo ha dicho gente muy diversa, que el libro es demasiado breve; que omito acontecimientos importantes; que es benévolo y respetuoso en exceso. Comentó Beatriz de Moura que la experiencia editorial no había sido tan fácil y feliz como yo la describía, que hubo momentos malos, desagradables, durísimos, que parezco haber olvidado. Tienen razón. *Confesiones* no es en absoluto un libro revanquista, ni un libro que pretenda poner al descubierto las lacras miserables del mundo del libro. No es un ajuste de cuentas. La crítica que me permití era muy leve. Dije mucho menos de lo que hubiera podido decir. Creo que me pasé de discreta, fiel a ese papel de «gran señora de la edición» que me atribuía, con cierta dosis de respeto y admiración y grandes dosis, me temo, de sarcasmo, Carmen Balcells. Pero ya no soy (si es cierto que lo fui alguna vez) la gran señora (o la insigne mema) de la edición. Soy una humilde y aplicada aprendiz de vieja dama indigna, lo cual amplía mi margen de libre desenfadado.

También es cierto que personajes inefables, extraordinarios, sorprendentes, a veces muy queridos, no están ni esbozados, a veces ni citados siquiera, en *Confesiones de una editora poco mentirosa*. Por otra parte, mi vida profesional no terminó el día que dejé Lumen. Y no hace falta subrayar que mi vida personal no terminó —estaba sólo empezando— la noche que en un pueblecito del Pirineo Aragonés decidí romper con Falange, como había roto con la Iglesia; decidí no afiliarme nunca más a



nada, y supe definitivamente que, me aceptaran o no en sus filas, yo pertenecía al bando que había perdido la guerra.

Tanto en el campo profesional como en el personal, la vida ha proseguido su curso, hasta llegar casi a su fin. He crecido, he descubierto personas nuevas, mundos nuevos, he pasado por experiencias que nunca sospeché, he conocido modalidades de amor que ni imaginaba. La última es el amor que se siente por los nietos, que suele coincidir con el momento en que constatas de verdad, hasta el fondo del alma —y tratas de aceptar desde el fondo del alma—, que los hijos o los nietos no son algo tuyo, que tienen su propia vida, en la que ocupas a menudo un espacio reducido.

He seguido escribiendo, formando parte de jurados literarios, colaborando con editoriales. Y, en fecha muy reciente, me he visto involucrada sin comerlo ni beberlo (o al menos sin conciencia ninguna de comerlo ni beberlo) en un asunto tan feo, tan sucio, tan lastrado de mentiras y de prepotencia y de hipocresía, que siento la imperiosa necesidad de contarlo entero, sin tapujos, no por lo que a mí personalmente me haya perjudicado, que tampoco ha sido tanto, sino porque me escandaliza que aquí y ahora, entre personajes destacados de mi ciudad, puedan producirse atropellos y abusos de influencias y de poder que creí relegados al pasado. Alguien tiene que contarlo. Y me ha tocado a mí.

Y, por último, en esta etapa final, he constatado definitivamente que la vida humana no parece tener mucho sentido —y, si lo tiene, escapa a nuestra comprensión, que viene a ser lo mismo—, que la vida es un disparate, que es cierto que los hombres mueren (todos) y que (la inmensa mayoría) no son felices, y, lo que es peor, que no



entendemos lo que nos está ocurriendo, pero sabemos que ocurre algo que no entendemos: al contrario del resto de los animales, el ser humano es lo bastante listo para plantearse las grandes, las eternas preguntas, pero no para hallar respuesta a la más insignificante de ellas, lo cual resulta como mínimo irritante. Tal vez exista algo parecido a lo que llamamos dios, pero de ser así, yo le imagino en otra nebulosa, absolutamente ajeno a esos ridículos hombrecillos fatuos que creó en un mal momento —también los dioses se aburren las tardes de los domingos— y que no pueden pretender ni en sueños hablar con él de tú a tú todas las noches.

Y, sin embargo, me alegro de haber nacido, y, aunque la vida que llevamos los hombres en el planeta Tierra sea (para unos más que para otros) loca, entendí muy pronto que no iba a disponer de otra y que lo mejor sería devorar ésta con glotonería, ávida de todos sus sabores, de todo cuanto pudiera ofrecerme, que ha sido mucho. A veces siento tentaciones de sumar mi voz a la de Violeta Parra, pero me da corte dirigirme en esos tonos de loa y gratitud a una señora, la vida, a la que no me han presentado. Si, cosa que no creo, soy consciente en el momento de mi muerte de que me estoy muriendo, me reconfortará pensar que nada me he perdido por prudencia o pereza, que le he arrancado a bocados a la vida —a las buenas o a las malas, y algunas veces a un precio exorbitante, por eso me siento exonerada de darle las gracias— cuanto ha puesto a mi alcance.

Y ahora, en este tercer libro de memorias, que sí tendrá que ser forzosamente el último, porque el cuarto consistiría en memorias de ultratumba (y para alguien que como yo aborrece el género sería de veras excesivo), voy a contar alguna de mis historias, omitiendo, qué



pena, por demasiado indiscretas, o enmascarándolas un poco, algunas de las más sabrosas.

Para mí significará volver a vivir lo que aconteció desde mi primera juventud hasta hoy, recuperar mi tiempo perdido, y tal vez, aunque ni mi hermano ni yo entendamos por qué, si a los lectores les resultaron interesantes las historias que cuento en *Habíamos ganado la guerra* (como la de nuestra abuela paterna, que iba para monja y fue atrapada en una boda de conveniencia —era «una Milá» pero al mismo tiempo una pobre huerfani- ta—, o la de nuestro abuelo, banquero judío, que consi- guió una novia guapa, virginal y de excelente familia, y tuvo, según mamá, un turbio y bodevillesco final en Pa- rís, o de nuestro tío monseñor, que participó en la re- vuelta franquista, o, por parte materna, de mi abuelo masón, mujeriego, progresista, librepensador, o de tío Víctor, el nazi de opereta, que tenía en su casa un peque- ño museo dedicado al Führer), tal vez también les gus- ten las que voy a contar a continuación. Historias de familia que reflejan lo que fue, durante una larga etapa, una clase social determinada, la burguesía barcelonesa, o al menos la visión personal que yo tuve y guardo de ella. En esto debe de consistir —si es que lo tienen— el inte- rés de mis memorias.